

Continúan bien los heridos existentes en este hospital de aquella acción, y ninguno morirá de sus resultados según los facultativos.

El brigadier segundo cabo de Valencia con fecha 4 del actual dice con referencia al general Azpilicueta que habiendo salido el coronel don Pascual Sanz con infantería y caballería á reconocer las inmediaciones del Collado y Alpuente, cogió siete prisioneros y se le presentó un artillero de la guarnición de este último pueblo.

Añade que el capitán de la compañía franca del Turia, don Melchor Clemente, había cogido 181 reses lanares y cinco vaconas, que pertenecían al enemigo.

El comandante general de Vizcaya dice con fecha 1.º de febrero que aunque la partida que se había levantado compuesta de algunos oficiales quedaba reducida á muy pocos, y estos ocultos en las montañas, había salido el brigadier don Carlos de Audechaga con algunos oficiales del batallón 4.º que pertenecían los sublevados para acabar de exterminalos, como lo conseguirán, porque el país cubre á que no se atente la paz.

NOTICIAS DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

FRONTERAS DE GUIPUZCOA 5 de febrero.

ESTADO MORAL Y POLITICO DEL PAIS.
(De nuestro correspondiente.)

Cumpliendo la palabra que empuñé á Vds., le diré algo acerca del estado de este noble y hermoso país, que con tanto gusto he vuelto á ver después de una muy dura y prolongada ausencia.

Cuando al descender de las alturas de *Nalanda de Leiz* se divisa el eterno verdor que cubre los pintorescos campos de Guipúzcoa, el corazón se involuntariamente de placer. En vano buscará Vds. aquí los rastros de la guerra civil: el exterior no los presenta. No hay ruinas, no hay tierras incultas. Los capitales, las economías particulares de las familias han desaparecido; pero este desastre interior y doméstico por decirlo así, no ha sido suficiente para cambiar la fisonomía del país. Me ha dicho Vds.: ¿quién ha cultivado las tierras durante la guerra? Yo les responderé: cuando el amor al trabajo es la virtud secular de un pueblo entero, nunca faltan los brazos.

El primer día que llegué á mi querido suelo natal, no se hablaba sino de LAS JUSTAS que acababan de celebrarse. Los pueblos están embriagados de contento al gozar prácticamente de sus eternos y venerandos fueros. La mayor parte de los *Junteros* eran sujetos comprometidos por la causa de la Reina; y sin embargo cuando volvían de *Dava*, los habitantes les agasajaban y obsequiaban por el camino preguntándoles con la mayor confianza que habían dispuesto de bueno. Consiste esto en que saben que los propietarios emigrados tienen un amor ardiente á los fueros y trabajan con celo eficaz por ellos. Si hubiesen regresado predicando otras doctrinas, ó creyesen que lo hacían solo por contemporizar, este país naturalmente activo y sincero los despreciaría. Lean unos y otros el su corazón, y por eso la reconciliación es sincera.

Todos estos naturales aman sus instituciones, usos y costumbres, tanto como su existencia misma, y no conciben que puedan vivir sin ellas. Se les pregunta: *¿Tendremos paz?*—*Como nos dejen como antes (contestan) todo irá bien; nosotros queremos nuestra ley antigua, y las costumbres con que se gobernaron nuestros abuelos.* El día que toda la España concebía á las formas constitucionales, la mitad del amor que el pueblo vascongado tiene al fuero, será una nación que por fuerte y libre podrá echar un guante á la Europa entera.

Solo preguntando en cada pueblo á qué número ascendían los jóvenes puestos en los últimos seis años sobre las armas, puede formarse idea exacta de la riqueza de población que encerraban estos montes. El soldado vascongado vivía en gran parte de su casa, y su padre además satisfacía mensualmente una enorme contribución fogueral. Esta ha sido una de las causas que mas han acelerado la terminación de la guerra. Los sufrimientos continuos que aniquilan á los pueblos, les hacen desear la paz con tanto ahínco casi como la sangre que derraman en los combates.

Al recordar la larga y crudísima lucha de estas provincias, se figurarán Vds. acaso que en el país falta juventud; que vuestros valles están sembrados de inválidos, y que no se oye sino llorar por los muertos. ¡Cuán el contrario! Jamás la juventud vascongada ha estado tan hermosa; yo no me canso de mirarla: la contemplo con orgullo, y casi con admiración. Estos muchachos altos, fuertes, de formas esbeltas y bien proporcionadas, han adquirido durante la guerra una extraordinaria agilidad. Llevan la frente erguida como el buen soldado, y en su franca y abierta fisonomía se ve la dignidad de los valientes.

Teniendo que recurrir en mi caso apartado de mi propiedad, eché mano de uno de ellos para mi compañía; era un bizarro sargento de *chapelcurria*. Para gozar de la vida es preciso disfrutar situaciones raras. Era para mí un placer novísimo el andar con uno de los soldados del poco hacia bando enemigo, por aquellos veredas y eminencias, en las que mi conductor era el dueño absoluto. Lo primero de que hablamos fue de la guerra. Me contó la acción de *Ramales*, la de *Peñacerrada*, y otras varias; y cuando se persuadió de que le tenía por valiente, me trató con mayor confianza. Se reía de los que habían estado ocultos porque no los llevarán á las filas, y de los que se casaban ahora por temor de nuevos disturbios. *¿Tendremos paz, le dije?—Ya nos dice V., me contestó: tenemos los fueros, y estamos satisfechos; pero cualquier novedad que se quiera introducir contra ellos, alteraría toda la provincia.—Vivid sin cuidado, le repuse, pues ya veis por vuestros propios ojos que seguimos como antes.—Crao que no me engaña V., me replicó: además de que siendo V. vascongado, sufriría V. los perjuicios como todos, lo que no creo le acomode á V.*

En tan dulce y acomodado conversación llegamos á un caserío, y nos sentamos á comer. Entonces me convencí de que nuestras costumbres eran patriarcales. Cuando le ofrecí de beber, se levantó, llamó á su padre, y le dió el vaso con grave dignidad; hizo lo mismo con su madre; y en seguida se sentó con naturalidad, y bebí ufano y satisfecho como quien ha llenado un deber. Todo aquello era para mí una escena de drama. La boina blanca del macizo estaba colgada de un clavo. Me la puse; el soldado se sonrió, y me confesó la tenia cariño. Me acompañó todo el día, nos separamos cordialmente, y puedo asegurar á Vds. que aquel día ha dejado en mí ánimo una impresión profundísima.

Placencia fue el pueblo á donde encontré el primer cuadro exactamente vascongado. Era día de fiesta, y se había concluido la mixta mayor, y gran número de gentes se hallaban en el juego de bolos, mirando la partida con aquel interés y ahínco exclusivamente nuestro. Allí se veían boinas de todas especies; y á los pocos que llevaban sombrero se les conocía tanto por esto como por la usura con que fumaban su pipa de barro, ser de avanzada edad. No se admiren Vds. de lo que voy á decir; aquellos hombres de sombrero, no me interesaban; porque para mí eran la parte débil de nuestra sociedad. En este punto soy de la opinión de las mujeres: prefieren las cualidades brillantes á las virtudes humildes. Para estos jóvenes la boina es un símbolo de fuerza, de valor y energía. La llevan con singular gracia, un poco tirada para atrás. Si se desterrase hoy (cosa que podría producir consecuencias harto más desagradables y trascendentes que el ridículo bando contra los sombreros anchos de famoso señor *Esquilache*) tras de los gravísimos inconvenientes políticos que acarrearía semejante medida, que por supuesto considero irrealizable, perdería á mis ojos el moderno cuadro vascongado lo mas brillante de su colorido. Pero no lo creo posible. La montera aguda y los sombreros pesados han sido desterrados definitivamente.

Al doblar el alto de *Azarate*, entre *Azpeitia* y *Elgoibar*, en un punto desde el que no se divisaban barrancos, encontré un corto piquete de soldados. Allí estaban para dar solemne testimonio de la confianza que debe inspirar la palabra que empuñan nuestros valientes.

A corta distancia, en un caserío rodeado de espesos castaños, bailaban hasta quince caseros (1) con otras tantas muchachas. Sonreíme de placer á ver su alegría, el aseó de su traje y la gallardía de sus personas. En verdad que no soy sobremanera afecto á las églogas ni creo en los pastores de *Garcilaso*; pero los jóvenes del alto de *Azarate* podían servir de buen argumento á un poeta bucólico clásico.

Por supuesto que en estas reuniones ocupan el primer lugar y obtienen la preferencia del sexo hermosos los que han servido en las filas: las mujeres gustan por lo general de los valientes, y en todos tiempos y edades, desde *Telmaco* acá, han escuchado con particular y no encubierta afición á los que tienen largas y peligrosas aventuras que referir.

La opinión del país acerca de *D. CARLOS* es unánime. Todos se quejan de su espíritu poco generoso, de su falta de inteligencia y energía, y como calor los que han hecho mayores sacrificios. *«Unos valientes como vosotros, les decía yo, merecían un Príncipe de cualidades militares, y eso no las tiene.»* Convenían conmigo, y se reían de *Corazon*. Sobre todo la corte, compuesta casi toda de ojalateros, ó castellanos, aquel simulacro de corte y sus intrigas, tenían altamente disgustado á un país, y es preciso confesar que *D. Carlos* desentendía

(1) Nombre que se dá á los labradores vascongados, por los caseríos en que viven.

en este parte cuanto ordenaba la política; además de sacrificar á los pueblos con impuestos, no reunió una sola vez en seis años la *Junta general*. Pero dejemos cosas tan sabidas, y volvamos á ocuparnos del país, tal cual hoy se encuentra.

Cuanto mas se recorre, tanto mas claramente se conoce que la reconciliación efectuada bajo los montes de Vergara es sincera. Los emigrados liberales procedentes del interior, los de la misma clase venidos de Francia, los carlistas mas apasionados, y los otros perseguidos por el mismo *D. CARLOS*, todos se mezclan y alternan franca y alegremente, como si cuanto triste y desagradable ha ocurrido en estos seis años se hubiese borrado repentinamente de la memoria. Espectáculo singular que no ha presentado después de una larga guerra civil otro pueblo alguno de la tierra, y que dá á la fisonomía moral vascongada un nuevo brillo de nobleza y de generosidad!

Estando yo en *Azcoitia*, se nombró el nuevo ayuntamiento, compuesto de personas de garantías, pero de todos matices. No pueden Vds. figurárselo que yo gocé viéndole marchar á la iglesia, á prestar el juramento de ordenanza, precedido por el tamboril, que es como si dijéramos, el eco ó la palabra musical del fuero.

Al día siguiente acompañé al ayuntamiento á cumplir la formalidad interesante que se practica todos los años de visitar y reconocer el archivo de la villa. Difícilmente se hallará otro mas arreglado, lo cual es debido al celo del ilustrado señor *ZAVALLA*, que después de haber hecho sus estudios en *Salamanca* trabajó por largo tiempo en beneficio de su pueblo. Pasamos en seguida á la casa del alcalde, quien nos dió un elegante almuerzo. Yo confieso que me hallaba con mas placer en aquella reunion de todas las opiniones, que si me hubiese encontrado entre personas identificadas todas en ideas. Ejemplo de tolerancia y verdadera liberalidad que no debiera desatender nuestros partidos políticos españoles; ó mejor diré nuestras encarnizadas pandillas. Se hallaban entre nosotros un capitán de *Chapulgorry*, (cuerpo franco exaltado por la causa de la Reina), un comandante adherido al convenio; y un religioso con sus hábitos del orden de *San Francisco*. Central motivo convinieron todos en la buena política de mantener estas prácticas alegres, estas frías reuniones populares, con las que nuestros abuelos dan un colorido risueño á todos los actos de la vida. La sociedad moderna es un plano geométrico, en el que no se encuentran sino líneas medidas, y proporciones monotonas sin poesía alguna.

En uno de esos días visité la célebre iglesia de *Loyola*, lugar de nacimiento de *S. IGNACIO*, y afamado colegio de *Jesuitas*, en los últimos tiempos. Un padre de no común ilustración acababa de predicar un sermón evangélico, y el órgano retumbaba en aquella rica y grandiosa cúpula de jaspe y oro. Los monasterios situados en el fondo de los valles, tienen para mí un encanto indefinible. Un humilde río, que lleva por nombre *Urtia*, que quisiera decir *ría de ferreteria*, serpentea mansamente por lo mas profundo de la cañada donde se halla construido el templo; circuido por ambos lados de altísimas montañas. Cada vez que veo desollar entre ellas las proporciones colosales y las formas severas de *Loyola*, creo mirar el gigante que reina en aquellas apacibles soledades, cómo nimen poderoso encargado de velar por la vida de nuestras instituciones.

Aquel solar de ladrillos tal como lo habito el santo, encerrado entre paredes de mármol precioso, es un caso práctico de romanticismo.

No necesito decir á Vds. cuanto celebré el que el monasterio se hallase habitado. Este país es eminentemente religioso, y circunstancia que no deben olvidar los republicanos á quienes está encomendada la consolidación de la paz de España. En cualesquiera de sus villas se encuentran parroquias de mucha mayor magnificencia que en lo general de las demás capitales del interior. En el día la concurrencia á los templos es numerosísima. El cerrar los santuarios, y retirar los pocos y ancianos regulares que los sirven, sería sembrar la alarma en las conciencias. Los que opinan por medidas generales, sin consideración alguna á las opiniones de los pueblos, que vengan aquí ellos mismos á dictarlas; que recorran sin comitiva nuestros montes y caseríos; y que no digan después si piensan del mismo modo.

Además; ¿qué sería de *Guipúzcoa* sin la *virgen de Aran-zazu*, sin la de *Arrate*, sin *S. Ignacio*, y sin *S. Antonio de Urquiola*? ¿No están todas estas memorias, todos estos sitios, todos estos dulces nombres esculpidos en nuestros cantos? ¿No forman parte de nuestras leyendas populares? ¿No son nuestra *Iliada* y nuestra *Biblia*? ¿No son el dulce consuelo de los dolores del pueblo, y el cordial que alivia sus infortunios?... A los que no nos conocen aun, les convidamos desde luego para que en el próximo verano, cuando el pueblo celebre sus

fiestas en las pigotas de los montes, vengán á gozar de la vista de un pueblo libre, alegre y feliz.

Otra prueba de la alta idea que nosotros mismos tenemos de la nobleza y sinceridad de la reconciliación verificada, es que los regulares existentes en la provincia dicen á todas horas que cuentan con la protección sincera de los emigrados mas comprometidos por la causa de la Reina. Y ciertamente no se engañan; en *Guipúzcoa* no hay en este punto sino una opinión.

En *Azpeitia* se hallan los diputados generales que gobiernan formalmente el país.

Gran satisfacción me causó el verlos en el corazón de las terribes montañas vascongadas, ejerciendo sin guardia ni aparato pretoriano, y con sola la eficacia de su palabra, una autoridad mas fuerte que la que en otros pueblos se apoya en números que bayonetan.

En aquellos días se subastaban los arbitrios provinciales, y han dado un producto mucho mas considerable que en tiempos ordinarios. Sin embargo, falta allí algo. El *corregimiento*, según nuestro régimen, debe residir donde está la diputacion, lo que produce reunion de abogados y curiales, y el movimiento y afluencia que causa el despacho de los negocios. Los pueblos que no ven esto, dicen que está mutilado su gobierno, no se hallan contentos, y urge llenar cuanto antes este vacío para afianzar la tranquilidad sobre la sólida base del contenido general.

Tolosa presenta el exterior agradable de un pueblo animado por la actividad del tráfico. Las diligencias han restablecido la confianza; y alientado á los especuladores; las carreteras están muy concurridas; las tiendas se hallan abundantemente provistas, y en una palabra, gozamos de una prosperidad y una paz que no podía esperarse después de tantos desastres. Los soldados de las guarniciones tienen esmerado comportamiento; porque á una disciplina muy severa reúnen la prudencia de evitar el herir ni con gritos ni en las conversaciones particulares el espíritu de los habitantes. Las músicas de los regimientos dan en las casas y consistorios conciertos, que terminan en tales, y contribuyen á estrechar la union, y hacer olvidar los disgustos pasados.

Todo rie en el país, hasta llegar á la línea de *San Sebastian*. Allí una triste realidad disipa las mas halagadoras ilusiones: Casas incendiadas, ruinas de toda especie, es lo que se ofrece á la vista en la estension de una legua. Podavía se encuentra algún fuerte. Su vista me causó impresión tristísima. Sucedíome al encontrar el primer reduito, lo mismo que, cuando voy de camino, se fija con gusto la atención en un blanco edificio, creyendo ser una hermosa casería, y se encuentra un alacázar con que es el Campo Santo. Cerraba la noche cuando entré en la activa y patriótica, pero en la inquieti y bulliciosa *San Sebastian*. Al pasar el puente de la plaza, al ver murallas y cañones, el corazón se me llenó de luto: temía verme encerrado por otros seis años. Yo quiero dormir en las puntas de los montes, para persuadirme de que estamos en paz. En la venta de *Goyas*, pasó la noche con mas placer que si hubiese gozado las comodidades del padador mas brillante.

De todo esto deducirán Vds. cuán grato y entretenido debe ser el hallarse en semejantes circunstancias en este país. Por lo que á mí hace, tengo la convicción de que los primeros días que un emigrado pasa bajo la dulce sombra de los árboles de su patria, son acaso los mas felices de su vida.

¿Y cómo no lo ha de ser, cuando se ha nacido en una comarca tan hermosa como la de *Guipúzcoa*? ¿Cómo no lo ha de ser, si se observa que á la par de la belleza física respandece en ella la belleza moral, y que en todas las circunstancias y negocios se dan aquí tipos originales y ejemplos no comunes de virtud? Ahora mismo lo estamos viendo, en las cosas al parecer mas insignificantes. En el asunto en otras partes tan encarnizadamente debatido de las elecciones. Ahí dicen Vds.: *candidatura moderada; candidatura exaltada; candidatura monárquica; constitucional; candidatura del progreso*; si ya no es que se llaman Vds. *reciprocamente revolucionarios ó serviles, retrógrados ó anarquistas*. Siempre insultándose, siempre escarceándose, siempre despadazándose!... Siempre alzando dos banderas en un país que solo debiera tener una. ¡Llamad aquí hemos seguido distinto rumbo: nosotros hemos encabezado nuestra candidatura con el nombre de *CANDIDATURA GUIPUZCOANA*. ¡Ojalá que llegue pronto el día en que Vds. puedan poner al frente de las suyas el hermoso título de *CANDIDATURA ESPAÑOLA, CANDIDATURA NACIONAL*, en lugar de tantas ruinas, y odiosas calificaciones como hoy usan para motejarse y destruirse.

Otra circunstancia notable, y que marca el estado moral y político de nuestro país, tan diverso por todos conceptos del de Vds., es la manera con

ra mas ó menos elevada, el metal que se quiere amalgamar quebrantado de un modo conveniente; mas no pudiendo emplear este método con metales que tienen muy poca afinidad con el mercurio, ha pensado *M. Damour* que acaso la electroquímica podría presentar algún recurso para esto. Este es el medio de que se ha servido puede formularse en estos términos:

1.º Unir el mercurio á un metal que tenga una grande afinidad con el oxígeno, de manera que pueda desempeñar el papel de elemento electropositivo.

2.º Poner el amalgama obtenido en contacto con una disolución neutra ó amoniacal del metal que se quiere combinar con el mercurio.

Facilmente se concibe lo que debe resultar de esta operación. El metal electro-positivo viene á ser el polo á que se dirigen el oxígeno y el ácido de la disolución, en tanto que el hidrógeno y las partículas metálicas que quedan á descubierto van al polo negativo, hallándose de esta manera el metal en las circunstancias mas á propósito para unirse con el mercurio, que representa dicho polo.

Paraciéndole al autor que el zinc reúne mas que ningun otro metal las circunstancias que se requieren para seguir este método, le ha dado la preferencia para unirse al mercurio y emplear después el compuesto para el uso indicado.

El zinc se une al mercurio con mucha facilidad, pues basta poner los dos metales en contacto á una temperatura un poco inferior á la de ebullición del mercurio, para que el amalgama se verifique completamente. A la temperatura ordinaria, el amal-

gama formado de seis partes de mercurio y una de zinc presenta los siguientes caracteres: Es sólido, granulento, y maleable; su color es el blanco del estaño claro; se conserva sin alteración en el aire seco; calentado en contacto con el aire hasta el grado de la ebullición del aceite; se liquida sin alterarse; y á un calor mas fuerte, deja separar el mercurio en forma de gotitas; pero sin que sea posible por este medio separar completamente aquel metal del zinc que está unido á él. A un calor rojo oscuro descolora fuertemente, y si se eleva todavía mas la temperatura acaba por arder con mucho brillo. El ácido nítrico débil le descompone fácilmente en frío, y el mercurio no sufre alteración alguna hasta que se ha disuelto totalmente el zinc. Los ácidos sulfúrico é hidrocórico debilitados con agua, solo ejercen una acción muy lenta sobre este amalgama. El amoniaco cáustico, y el cloruro amoniaco le descomponen aunque con lentitud.

Amalgama de níckel. Para unir el mercurio al níckel, se pone en un matraz cloruro níckelico ácido disuelto en agua que no contenga ningun aire; se sobresaeta con amoniaco y se coloca un pedazo de amalgama de zinc en el fondo del matraz, que se tapa inmediatamente. Poco tardan en presentarse muchísimas bombitas de gas en la superficie del amalgama; el líquido, de azul oscuro que era se hace transparente perdiendo enteramente el color; el zinc se disuelve en gran parte y le reemplaza níckel metálico, que se une al mercurio, formando en la superficie de este metal unas pequeñas escresencias en forma de coliflores. La operación queda terminada al cabo de algunos días, teniendo

cuidado de reemplazar el líquido sin color con nuevas cantidades de disolución amoniacal de cloruro níckelico, hasta tanto que casi todo desprendimiento de gas. (1)

El amalgama así obtenido conserva todavía una cantidad notable de zinc, y para separar este metal se pulveriza y se hace hervir por algun tiempo en ácido sulfúrico estendido de agua; por cuyo medio se ataca al mercurio, y el zinc se disuelve poco á poco con desprendimiento de hidrógeno. Si se continúa mucho tiempo esta operación, el ácido llega á atacar al níckel, y en este caso el hidrógeno que se desprende es notable por su olor feo. El amalgama pierde de esta manera casi todo el zinc que contenía. Se une en frío con mucha facilidad á nuevas cantidades de mercurio; y así se le puede hacer maleable y aun líquido. Espuesto al contacto del aire seco ó húmedo; se cubre á poco tiempo de un polvo negro de óxido de níckel que va aumentando cada vez mas hasta que se destruye completamente el amalgama y vuelve el mercurio á su primitiva fluidez. No se altera con tanta facilidad debajo del agua.

Calentado en un tubo de vidrio cerrado por uno de sus extremos, deja desprenderse el mercurio; y el níckel queda en forma de una masa esponjosa, de color de ceniza, que con el tratamiento adquiere un brillo metálico, y es atraída con fuerza por

(1) Este gas puesto en contacto con un cuerpo inflamado arde, detonando ligeramente. El autor ha creído ver en él todos los caracteres del hidrógeno, y es necesario abrir de cuando en cuando el matraz para darle salida.

una barra magnética. Los ácidos sulfúrico é hidrocórico, mezclados con dos veces su volumen de agua, no atacan sino muy débilmente el amalgama en frío, mas en caliente el níckel se oxida y se va disolviendo lentamente. El ácido nítrico disuelve ámbos metales á un mismo tiempo, tanto en frío como en caliente.

Por el mismo procedimiento se obtiene el amalgama de cobalto, y se requieren las mismas precauciones para obtenerle en estado de pureza.

MECANICA.
INCLINACION DE LOS CAMINOS DE HIERRO. *M. de Pambour* ha dirigido á la Academia de las ciencias de París, los resultados de sus investigaciones acerca de las pendientes y contra-pendientes en los caminos de hierro. Segun los experimentos de aquel hábil ingeniero, toda pendiente presenta en los caminos de hierro desventajas mas ó menos considerables con arreglo á su ángulo de inclinación. Sin embargo, cree que pueden permitirse aun las que exceden al ángulo de rozamiento, punto en que ha sido hasta ahora muy severa la administración en Francia, porque se ha temido que la velocidad de los convoyes sease casi infinito en caso que la inclinacion de la bajada del camino fuese considerable. *M. de Pambour* se ha convencido de que la resistencia del aire se opone á semejante aumento, en tales términos que con una inclinación de un centésimo, un convoy de cien toneladas no llegaría á caminar con una velocidad superior á 18 leguas por hora, rapidez inferior al máximum que se ha obtenido en los caminos horizontales.